

Un epitafio recurrente: “Cierre por pandemia, culpa de la covid-19”



Empezando el año 2020, muy probablemente, las expectativas financieras, sociales y económicas estaban al tope, llenas de esperanzas y enfocadas hacia un período que se vislumbraba como un año exitoso y del cual se tenía la convicción de que sería diferente: prometedor. En efecto, en conversaciones coloquiales entre amigos se mencionaba al 2020 como un período de éxito, sobresaliente y con visos que auguraban el emprendimiento de proyectos. Tal vez, alguna pitonisa o un taumaturgo en su afán por ganar popularidad lo encontró sibilino; sin embargo, me considero zote en este campo, pues aún no le encuentro lo místico o lo esotérico.

Pero, en diciembre de 2019, en algunos países; en enero de 2020, en otras naciones y, a partir del 16 de marzo de este último año, acá

En efecto, en conversaciones coloquiales entre amigos se mencionaba al 2020 como un período de éxito, sobresaliente y con visos que auguraban el emprendimiento de proyectos. Tal vez alguna pitonisa o un taumaturgo en su afán por ganar popularidad lo encontró sibilino; sin embargo, me considero zote en este campo, pues aún no le encuentro lo místico o lo esotérico.

en Costa Rica, con la promulgación del Decreto Ejecutivo n.° 42227-MP-S, las esperanzas de éxito y las expectativas de crecimiento comenzaron a ensombrecerse y fueron trocadas por la incertidumbre, el desaliento, la incredulidad y, por supuesto, el miedo. Es decir, el año 2020, realmente, era diferente y se mostraba incierto para la salud, la economía, los negocios, el crecimiento y la estabilidad política y social de los países.

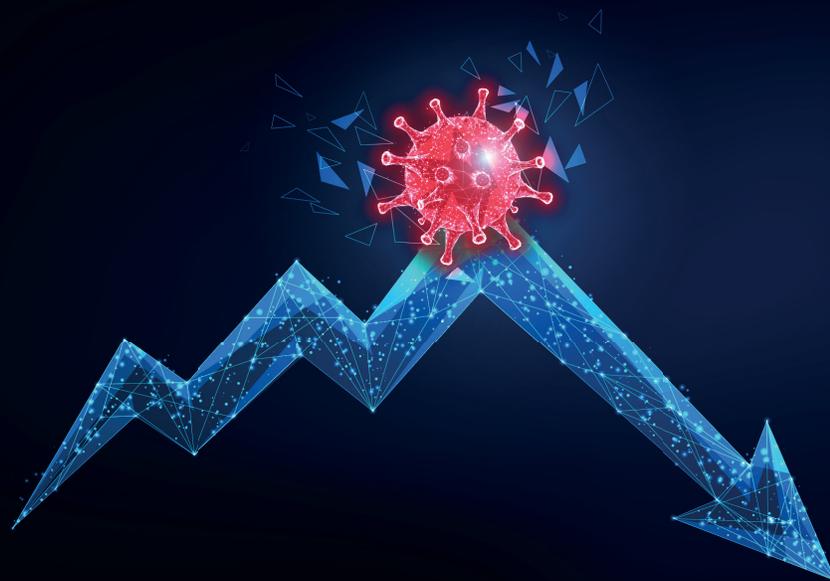
Efectivamente, hay que dejar claro que, a partir de marzo de 2020, Costa Rica cambiaría y se enfrentaría a un giro de casi 360 grados. La visión país sería otra, las individuales, familiares y de negocios dejarían de existir; obligatoriamente, había que resetearlas. Era evidente que el país iniciaba una caída en sus proyecciones económicas, las compañías comenzaron a ver disminuidas sus entradas y la desolación inundó las calles, las playas, los parques y, desde luego, los propietarios de sitios de visitación cotidiana como restaurantes, hoteles, bares y demás negocios de carácter consuetudinario observaban, sentían y vivían en carne propia lo inesperado: cierres indefinidos de negocio; ergo, la suerte para muchos estaba echada.

Realmente, el problema que sufre el mundo y, por ende, el país, tiene un futuro incierto que hace que las compañías tampoco conozcan su destino; principalmente, los sectores turismo, hotelero y comercio, los que, entre otros, han recibido de manera directa los embates inmisericordes de la covid-19. Es un hecho que el cierre de fronteras, de negocios, el aislamiento y la cuarentena han traído repercusiones insospechadas para todos, inimaginables e ignotas.

Ninguna persona esperaba esta crisis, ni desea lo que está viviendo el mundo; pero lo que sí es una verdad, es que esta peste mata personas,

negocios, proyectos, países y sueños. En esa línea, no hay gurú de las finanzas ni gerentes del siglo XXI con el conocimiento suficiente, para anticipar los problemas que están enfrentando las compañías producto de la pandemia; es decir, es improbable que alguien cuente con análisis de riesgos, modelos económicos, proyecciones y determinación de fórmulas estadísticas que pudieran vaticinar lo que está viviendo el mundo. Lo que sí es evidente es que hubo necesidad de improvisar; por ello, se ha notado un fuerte auge en la innovación, la creatividad y la búsqueda de nuevos métodos para acceder a los clientes; incluso, algunos comerciantes han visto en esta crisis, una oportunidad de crecimiento y se han reinventado.

En esa línea, no hay gurú de las finanzas ni gerentes del siglo XXI con el conocimiento suficiente para anticipar los problemas que están enfrentando las compañías producto de la pandemia; es decir, es improbable que alguien cuente con análisis de riesgos, modelos económicos, proyecciones y determinación de fórmulas estadísticas que pudieran vaticinar lo que está viviendo el mundo.



Para conocer esta realidad, no se requiere recorrer mucho camino, es notorio observar como en las instalaciones de antiguas compañías o pequeños negocios se lee, en sus puertas o ventanas, letreros con leyendas como: “SE VENDE O SE ALQUILA”, “SE CAMBIA”, “CIERRE HASTA NUEVO AVISO” y así muchos más. Posiblemente, la razón sea la misma: “Cierre por pandemia, culpa de la covid-19”.

Definitivamente, esta pandemia tiene costos sociales, culturales y económicos de inimaginable magnitud y, al igual que a personas, enferma empresas y algunas no logran sobrevivir: entran en un período de agonía, de intubamiento y, luego, desaparecen sin remedio y sin un entierro digno que, al final, no se llega a conocer. No obstante, lo más lamentable es que, mayoritariamente, son las micro, pequeñas y medianas empresas (pymes) las que sufren este proceso de muerte paulatina, pues no tienen el músculo o la robustez necesaria para seguir adelante y para sobrevivir a un intubamiento

obligado. Esto se confirma con lo expuesto en la página 20 del periódico La Nación del 3 de junio 2020, en donde se señala que “La mayoría de las micro, pequeñas y medianas empresas (pymes) de Costa Rica están en riesgo de desaparecer en un plazo de seis meses [...] La caída en las ventas, así como pertenecer a los sectores más golpeados por la pandemia son las principales razones que atentan contra la permanencia del 80 % de las pymes...”.

La magnitud del problema es seria, preocupante y, en efecto, llama a la reflexión, tanto

a las autoridades del país, como a los comerciantes y dueños de estas empresas, la mayoría emprendedores que iniciaron un sueño con la esperanza de posesionarse en el mercado y crecer sin fronteras. De hecho, qué pasará o qué quedará después de la covid-19 de las aproximadamente 133765 pymes que hay en el país y que emplean a 344390 personas: un 33,3 % de la fuerza laboral. (www.meic.go.cr). Para conocer esta realidad, no se requiere recorrer mucho camino; es notorio observar cómo en las instalaciones de antiguas compañías o pequeños negocios se lee, en sus puertas o ventanas, letreros con leyendas como: “SE VENDE O SE ALQUILA”, “SE CAMBIA”, “CIERRE HASTA NUEVO AVISO” y, así, muchos más. Posiblemente, la razón sea la misma: “Cierre por pandemia, culpa de la covid-19”.

Las autoridades sanitarias, policiales y de emergencias del país hicieron lo que la lógica y la seguridad dictaba, no había otra manera de evitar la muerte ciudadana y el colapso del Estado. Las decisiones, aunque muchos se sientan vejados, se dictaron acorde con la realidad mundial, pues los problemas que se visualizaban en su momento llegarían al territorio nacional, no había tiempo para retrasarlas; la oportunidad para dictarlas era inminente y, de frente, no se tenía una visión onírica, era real. Ergo, el confinamiento era prácticamente seguro y con ello, los negocios debían cerrar sus puertas hasta nueva orden, pues la seguridad nacional está primero. En esa disyuntiva, es lógico pensar que el Gobierno nunca dictaría una orden que vaya en contra de principios jurídicos o que perjudique al pueblo. La premisa es mantener la ecuanimidad y sobrellevar la situación de la mejor manera y actuando con sapiencia; en ese sentido, las puertas permanecerán cerradas y se irán abriendo por sectores y de manera mesurada,

según las exigencias y la evolución de la pandemia.

Es un hecho, el futuro es incierto, arcano y está plagado de incertidumbre. No se visualiza un horizonte esperanzador; todo lo contrario, la contracción económica a escala mundial es grande y es seguro que las compañías continuarán quebrando y despidiendo empleados, a la postre, un problema social inminente para cualquier gobierno. Antes de la presencia de la covid-19, el desempleo era alarmante; ahora, la situación está peor. Por ejemplo, varias aerolíneas han tenido que cerrar y buscar alternativas de surgimiento; entre ellas, la compañía de bandera colombiana Avianca, la más antigua de Latinoamérica y con 21000 trabajadores, que solicitó un procedimiento de reorganización y se acogió a la Ley de Bancarrota de Estados Unidos. (www.bbc.com).

El panorama es oscuro y el presidente del Foro Económico Mundial, Klaus Schwab lo expresa crudamente de la siguiente manera: “Existen buenas razones para preocuparse: ya empieza a sentirse una fuerte desaceleración económica y podríamos estar ante la peor depresión desde la década de 1930. [...] La pandemia que ya ha causado cientos de miles de fallecimientos, representa una de las peores crisis de la sanidad pública de nuestra historia reciente. [...] Las consecuencias a largo plazo para el crecimiento económico, la deuda pública, el empleo y el bienestar humano serán graves.”. (Periódico La Nación, 4 de junio de 2020, p. 27).



M.Sc. Wálter Guzmán Granados.
Licenciado en Administración de Negocios,
con Énfasis en Contaduría Pública, UCR.
Máster en Contaduría Pública, Universidad
Hispanoamericana.